Nuestro primer encuentro con Naum Kreiman

(Publicado originalmente en Comunicaciones de Parapsicología, 7, diciembre de 2005)

Juan Gimeno

jgimeno54@yahoo.com.ar

Transcurría el otoño de 1994 cuando con mi amigo y compañero de búsquedas Marcelo Di Tulio decidimos cerrar lo que pretenciosamente se podría denominar nuestra etapa pre–científica dentro de los llamados fenómenos paranormales. Aquellos extraños relatos, oídos en extendidas sobremesas nocturnas, o leídos en publicaciones de dudosa veracidad, ya no eran suficientes para dar cuenta de un abanico de anomalías que, de ser ciertas, extendían hasta planos insospechados las posibilidades humanas, y que hasta la supervivencia después de la muerte, el mayor problema del hombre en toda su historia, parecía tener una resolución sumaria. Las grandes incógnitas no podían resolverse confiando en testigos entusiastas. Era necesario leer con mirada crítica toda la bibliografía existente, no sólo la promocionada por los grandes medios de comunicación, más proclives a obtener ganancias rápidas que a colaborar en el desentrañamiento de la verdad; llegar hasta el centro mismo de la cuestión, conocer a los autores y mezclarse con ellos.

Los Pioneros

En la Argentina, durante más de cincuenta años, el espiritismo se había plantado en el centro de la escena, coqueteando con la ciencia y con la filosofía, para después retornar siempre a los dogmas de su nueva religión; hasta que finalmente, en 1953, siguiendo los pasos de Joseph B. Rhine, se había fundado el *Instituto Argentino de Parapsicología*. En su primer boletín, de mayo de 1954, bajo el título de *Propósitos y Esperanzas*, podía leerse: “El Instituto Argentino de Parapsicología es una entidad organizada por profesionales universitarios, diplomados en diversas áreas del saber. Su propósito es contribuir al estudio y la investigación metódica de lo parapsicológico, es decir, del conjunto de aptitudes de la psique que se manifiestan en forma inhabitual y que por no caer bajo el dominio de las leyes normales de la psicología clásica, aparecen como inexplicables”[1]. Nos causaba asombro revisar la lista de los prestigiosos miembros fundadores, entre ellos el ingeniero José S. Fernández, el doctor en ciencias económicas J. Ricardo Musso, el entomólogo Adalberto Ibarra Grasso, el biólogo Eduardo del Ponte y el matemático Mischa Cotlar, este último merecedor de un artículo especial para describir las excepcionales sesiones de mesas parlantes de las que fue protagonista. Otro ejemplo del apoyo académico que recibía el instituto era la calidad de sus conferenciantes. Entre las actividades del año 1956 se anunciaba, entre otros, para el 6 de setiembre, una conferencia del sociólogo Gino Germani sobre *Proyecciones Sociológicas de la Parapsicología*; otra para el 4 de octubre, titulada *Epistemología y Parapsicología*, a dictar por el profesor Gregorio Klimovsky; y hasta otra, dos semanas después, *Sigmond Freud y la Parapsicología*, a cargo nada menos que del

Dr. Enrique Pichon–Rivière. También se sumaban al proyecto el médico Orlando Canavesio, que ya en 1946, en la ciudad de Rosario, había fundado la *Asociación Médica de Metapsíquica Argentina*, y un joven profesor, director de la revista espiritista *La Idea*, llamado Naum Kreiman.

Qué había sido de ellos, nos preguntábamos; ¿qué nuevos proyectos estaban llevando a cabo? ¿Había nacido una nueva generación de parapsicólogos, trepada ya sobre los hombros de los pioneros? Las respuestas no tardaron en llegar, aunque no todo lo auspiciosas que esperábamos. La evidencia era que el movimiento fundador se había desmembrado luego de algunos años de actividad errática. Los primeros estragos habían llegado con las divisiones internas; las diferencias políticas y científicas habían hecho que algunos retornaran al refugio del espiritismo, y otros, decepcionados, a sus cátedras universitarias. Por último, el fallecimiento de muchos, o la partida al exterior buscando nuevas posibilidades, había dejado el campo baldío a merced de charlatanes y confundidos que se habían apropiado de la palabra *parapsicología*, prostituyéndola.

Sin embargo quedaba una excepción. Era Naum Kreiman, que si bien había figurado sólo como vocal en los primeros consejos directivos del instituto, después había llegado a ser director durante varios años y publicaba, junto a su esposa y colaboradora Dora Ivnisky, la revista *Cuadernos de Parapsicología*. No fue difícil conseguir su teléfono, y tampoco una cita para conversar. El sitio era un departamento de un ambiente en el centro de la ciudad de Buenos Aires, un sexto piso sobre la calle Uruguay. Su vivienda particular estaba a más de veinte kilómetros de allí, demasiado distante. Así que ese lugar, con un portero que le hacía una pequeña reverencia a modo de homenaje cada vez que lo veía, era sala de reuniones, aula para cursos, laboratorio de investigación y sede del *Instituto de Parapsicología*: un verdadero refugio en medio del bullicio urbano.

El Encuentro

Llegamos puntuales y nerviosos, con una larga lista de consultas previamente discutidas con puntillosidad. Un papelito en el bolsillo servía de ayudamemoria, y podría ser consultado, con discreción, en caso de necesidad. Nuestra inseguridad era comprensible. Dos “recién llegados”, dos inexpertos, iban a entrevistarse con el único pionero que quedaba en pie, ¡y que además tenía fama de cascarrabias!

Tras los saludos de rigor, pronto estuvimos sentados a la mesa. Naum nos miraba y esperaba, nos pesaba, nos medía. Era delgado, algo bajo y parecía ágil, a pesar de los tres o cuatro atados de cigarrillos que debía fumar por día. Su aspecto descuidado, con alguna mancha fuera de lugar en las mangas o en el cristal de sus anteojos, sumado a su pelo blanco casi sin signos de calvicie y a su bigote algo más oscuro, ancho y corto, le daba un aire de científico descuidado, con algo de ese Einstein que puede verse en alguna de sus fotos más populares.

El hielo fue derritiéndose rápidamente, y aquel rostro expectante pronto comenzó a descontracturarse. Era evidente que no había nacido para las Relaciones Públicas, o al menos no se esmeraba en practicar esa forma hipócrita de “ganar amigos e influir sobre las personas”. Sin

embargo sabía sonreír con ganas cuando la ocasión lo indicaba, y su conversación se fue haciendo profunda, aunque sin exagerar en tecnicismos que crearan barreras artificiales. Al rato se levantó a preparar café, para nosotros una señal de que habíamos entrado en confianza y estaba dispuesto a gastar más de su tiempo con nosotros. La bebida compartida, única que se servía allí hasta donde nos consta, terminó de despejar las dudas y se impuso una corriente de sinceridad y camaradería; al menos eso era lo que sentíamos cuando decidimos comenzar a desarrollar los temas que guardábamos en nuestra lista.

La Soledad

Lo primero que nos llamó la atención fue la soledad en que trabajaba Naum. Era fácil presumir que su revista, que llevaba treinta y un años publicándose ininterrumpidamente, podía ser el centro de referencia ideal para la acción de grupos de trabajo y de reflexión. Imaginábamos un equipo, si no numeroso al menos capacitado y entusiasta, acompañándolo. Después de todo, era probable que otros hubieran llegado hasta allí con las mismas inquietudes que nosotros. Sin embargo no era así. El *Instituto de Parapsicología* era en la práctica un emprendimiento unipersonal y todo lo producido, con alguna honrosa excepción, llevaba el sello de quien estaba delante nuestro.

En ese tiempo, en otro lugar de la ciudad, funcionaba el *Instituto Argentino de Psicología Paranormal*, que llevaba publicando ininterrumpidamente desde hacía cuatro años, y con las mismas pretensiones de seriedad y rigurosidad que *Cuadernos de Parapsicología*, su *Revista Argentina de Psicología Paranormal*. La pregunta era inevitable: ¿Por qué dividir los esfuerzos en lugar de sumarlos? ¿Por qué no un solo instituto, una sola revista y un solo membrete si éramos –y ya nos incluíamos– tan pocos? Naum nos contó que estaban distanciados a raíz de diferencias en el análisis de un experimento que Alejandro Parra, director de la revista, había publicado en el número de octubre de 1990[2]. El título de su crítica (El Efecto del Experimentador. Crítica a un “Supuesto experimento”[3]) relevaba de toda interpretación.

Pero ésa no había sido la primera ni sería la última de sus peleas. La más célebre la había protagonizado con otro de los pioneros y amigo hasta ese momento, J. Ricardo Musso, quien junto a Mirta Granero, su segunda esposa, había firmado, en el *Journal of Parapsychology*[4], un experimento sobre percepción extrasensorial con dibujos, que luego hasta fuera incluido por John Beloff en una lista de siete experimentos “inobjetables” con los que desafiaba a los escépticos[5]. Sin embargo, cuando Naum decidió revisarlo a fondo pudo encontrarle gruesas fallas metodológicas, considerando que “todos estos defectos y graves omisiones que hemos señalado, constituyen deficiencias más que suficientes para considerar anulado todo el experimento informado”[6]. Aquella crítica sirvió para hacer brillar aún más su capacidad de experimentador, dejando mal parados a los principales referentes del primer mundo, que habían aceptado sin objeciones el trabajo publicado; pero también, y sobre todo, había provocado el enojo de sus autores y la inevitable separación que continuó hasta la muerte de Musso. En algún encuentro posterior, nos llegó a mostrar, no sin cierta satisfacción lúdica, la Carta Documento que Musso le

había enviado, llevado evidentemente por la ira, intentando judicializar un asunto que sólo tenía aristas científicas.

Desde nuestra inexperiencia, resultaba difícil digerir aquellas sangrías. Una actividad tan controversial no podía darse el lujo de mantener a sus principales referentes aislados y enemistados. ¿Cómo íbamos a convencer a los científicos duros de la pertinencia de nuestro objeto de estudio si ni siquiera podíamos mostrar un frente común de argumentación? Y si todas las disputas se reducían a denuncias de fallas metodológicas, ¿por qué no resolverlas entre pares, en lugar de apelar a escándalos públicos y portazos? Tiempo después, en alguna otra charla, Naúm nos preguntó con cierta picardía: "Y ustedes, ¿cuándo se van a pelear conmigo?". Después de un breve silencio, apareció la contestación: "Yo creo que nunca. No se olvide que nosotros no tenemos intensiones de publicar ninguna revista, ni de fundar ningún instituto". Los tres festejamos la ocurrencia, pero nos quedamos pensando hasta donde un sentimiento como la vanidad podía enredarse y determinar cuestiones aparentemente tan razonables y objetivas.

El Futuro

La tarde avanzaba decidida sobre la ciudad. La luz del sol ya comenzaba a filtrarse a través de la ventana sin cortinas que daba al oeste. Naum invitó a una nueva rueda de café: evidentemente la entrevista estaba resultando un éxito. Luego coincidiríamos, evaluando en un bar cercano, que habíamos aprendido más parapsicología en aquellas pocas horas que con todos los libros leídos hasta entonces. Era el momento de encarar el tema principal. Pero ¿cómo confesarle nuestras dudas respecto del rumbo general de la parapsicología? Influenciados por libros de la época metapsíquica, por hombres extraordinarios como Charles Richet o William Crookes que habían estudiado los grandes fenómenos, como materializaciones o levitaciones de mesas, creíamos que la búsqueda mediante el método estadístico de pequeñas desviaciones del azar, arrojando miles de veces los dados, o intentando acertar cartas con figuras geométricas, había desnaturalizado hasta tal punto el fenómeno, que nada sustentable podía quedar de todo aquello. Tampoco las nuevas variantes ideadas, como la visión remota o el ganzfeld, parecían ser suficientes. Además, los resultados esperados eran esquivos. Diseños químicamente puros, efectos pomposamente proclamados como leyes, no podían ser replicados por todos. Poco tiempo después leeríamos una frase que confirmaría nuestras sospechas, escrita nada menos que por Gertrude Schmeidler, una parapsicóloga de prestigio mundial, que además admiraba el trabajo de Naum y hasta había replicado alguno de sus experimentos: "Se han hallado factores que incrementan (o disminuyen) el éxito paranormal, pero cualquiera de ellos, aún cuando la mayoría de nosotros intentara ayudar (o impedir) psi, podría tener el efecto contrario en otros"[7]. La metáfora que lanzamos sobre la mesa como una bomba fue que, al querer asimilar el fenómeno parapsicológico al ámbito de laboratorios de otros campos del saber, se había repetido la conducta del dueño de la gallina que ponía huevos de oro; se la había matado, buscando conocer el origen del secreto, y no se había podido encontrar nada a cambio.

¿Qué nos diría después de cuarenta años de insistir por ese camino, él que seguramente había tenido en sus manos el primer mazo de cartas Zener enviado desde la Universidad de Duke? ¿Afloraría ahora sí su mal genio y nos echaría por infieles? Para nuestra sorpresa y satisfacción, nada de eso ocurrió. Por supuesto que reconoció como ineludible el camino recorrido por su generación, aunque admitiendo las limitaciones y los obstáculos que parecían insalvables a menos que se cambiara de rumbo. Eran necesarias nuevas propuestas. Debía lograrse la síntesis entre el pasado, fundado exclusivamente en el estudio de personas con capacidades especiales, cada vez más difíciles de encontrar, y el presente, que había nacido con pretensiones de ciencia exacta y que se había quedado a mitad de camino. ¿Qué hacer en consecuencia? ¿Cuál era el futuro? Naum nos observaba con curiosidad. Dejamos de hablar y esperamos. Teníamos alguna esperanza de que la respuesta ya existiera, completa y firme, y que sólo hiciera falta seguirla. En su rostro se dibujaba una leve sonrisa, como de jugador de póker, quizá adivinando nuestra ingenuidad, mientras la ceniza de su enésimo cigarrillo se resistía a caer dentro del inútil cenicero. Nos miró todavía unos segundos más y afirmó: “Para conocer el futuro de la parapsicología no queda más remedio que esperar cien años”. Todos reímos al unísono, como una forma elegante y tangencial de eludir una cuestión espinosa.

La ocurrencia había producido en nosotros decepción. Sin embargo, poco a poco, fuimos encontrando en Naúm a un hombre que consideraba imprescindible y urgente imprimirle a su trabajo un viraje estratégico. Y también nos demostró que ya estaba oteando en el horizonte por dónde debía transitarse ese nuevo camino. Los resultados fueron llegando a medida que se sucedían los encuentros y las conversaciones. Y si bien es cierto que colaboramos con él en algunos proyectos ortodoxos, como un experimento de ganzfeld[8], casi con seguridad el primero realizado en Argentina, o un estudio de percepción extrasensorial sobre objetivos humanos[9], respetando a rajatablas las premisas más estrictas de cualquier laboratorio, quedamos sorprendidos de poder convencerlo –¿o fue él quien, en realidad, nos llevó a hacerle la sugerencia?– de llevar adelante una serie de encuentros al mejor estilo de las sesiones espiritistas de mesas parlantes. Basándonos en experiencias clásicas, remozadas por otras más recientes, como las del grupo Phillip en Canadá o los esfuerzos de Kennet Batcheldor en Inglaterra, formamos un pequeño grupo, al que incorporamos algunos espiritistas alejados de la burocracia kardeciana; y el 12 de octubre de 1994, sentados alrededor de una mesa de tres patas construida especialmente, dimos comienzo al trabajo, que se extendió durante varios meses, y cuyos resultados quizá alguna vez puedan ser publicados.

El Legado

Hace más de dos años que Naum no está entre nosotros, y debemos reconocer que lo extrañamos. Era la persona que invariablemente tenía tiempo para charlar de parapsicología, que a pesar de la edad mantenía intacto el ardor que muchos más jóvenes perdemos antes, que siempre estaba dispuesto a desmenuzar cualquier proyecto que se le presentara, resolviendo cuestiones estadísticas y subrayando defectos de diseño que sólo él podía detectar. Sabíamos que

si él daba el visto bueno, podíamos estar seguros que el experimento planeado podía seguir adelante sin riesgos.

De aquella valiente generación inicial sólo queda el Dr. José María Feola, y muy lejos de aquí, en los Estados Unidos. Pero permanecen los libros, los artículos, los experimentos, y sobre todo una manera romántica de vivir, como es la de emplear los mejores esfuerzos detrás de una empresa sin fines ni posibilidades de lucro ni de prestigio social. Esto último es quizá el mejor legado que podemos esperar de Naum, incluyendo el párrafo de uno de sus últimos artículos, en donde intentaba acortar notablemente esa distancia entre pasado y futuro que le reclamáramos en nuestro primer encuentro. Se preguntaba, desafiante: "¿Y si en realidad no se tratara de ninguna clase de mecanismos ni de condiciones psicológicas especiales dentro de las cuales debemos meter a un sujeto, para que produzca PSI? ¿Si en realidad la ESP no fuese cuestión de reunir condiciones psicológicas sino que estuviéramos en presencia de un acto artístico en lugar de un hecho científico? ¿Si PSI fuese un arte de comunicación entre los seres vivos?", para terminar proponiendo: "Tenemos que empezar a despejar la parapsicología de esa armazón cuasi mecanicista a que la ha enchalecado la ciencia experimental, y restituirle el sentido humano de comunicación afectiva y emocional que es su razón de ser".

Referencias

[1] Propósitos y Esperanzas. *Boletín del Instituto Argentino de Parapsico*logía. Año 1 N°1. Mayo 1954.

[2] Parra, A. El Efecto de Preferencia del Experimentador: Un Estudio Experimental. *Revista Argentina de Psicología Paranormal*. Año 1 N°4. Octubre 1990.

[3] Kreiman, N. El Efecto del Experimentador. "Crítica a un supuesto experimento". *Cuadernos de Parapsicología*. Año 23 N°3. Setiembre 1990.

[4] Musso, J. R.; Granero, M. An ESP Drawing Experiment with a Hight Scoring Subject. *Journal of Parapsichology*. Vol. 37 N°1. March 1973.

[5] Beloff, J. Seven Evidential Experiments. *Zetetic Scholar* Nº 6. July 1980.

[6] Kreiman, N. Análisis Metodológico y Experimental de un Experimento de Percepción Extrasensorial. *Cuadernos de Parapsicología.* Año 11 N°1. Marzo 1978.

[7] Schmeidler, G. Psicología "Normal" y Psicología Paranormal: Entendiendo Nuestras Limitaciones. *Revista Argentina de Psicología Paranormal.* Año 8 N°1. Enero 1997.

[8] Kreiman, N. Experimento de Ganzfeld. *Cuadernos de Parapsicología.* Año 30 N°1. Marzo 1997.

[9] Kreiman, N.; Gimeno, J.; Di Tullio, M. Percepción Extrasensoria sobre Objetivos Humanos. *Cuadernos de Parapsicoplogía.* Año 29 N°3. Septiembre 1996.